

Octubre de 1918

El cabo Jean-Baptiste Allamand abandona su pequeño dormitorio en el barro, un cubículo similar a un nicho pero más húmedo, resbaladizo y frío. Se ha pertrechado a conciencia, pero revisa una última vez su revólver *Lebel*; en la funda, engrasado. El fusil *Berthier*, cerrojo lubricado, bayoneta calada. Máscara antigás, cantimplora, dos granadas, munición, casco, sus botas de cuero, y el abrigo largo lleno de barro con los remiendos aun ensangrentados.

Sale del cobertizo a la parpadeante oscuridad donde el estruendo de la cercana batalla lo despejan por completo. El averno sigue donde lo dejó ayer. En algún lugar hierven un buen café, el olor llega entre los de pólvora y el gas mostaza... el de la carne quemada le cierra el estómago otra vez. La muerte prosigue desbocada entre estas yermas colinas sin nombre.

Da un paso, otro... luego vuelve dentro para despedirse de la foto de su hermano, de sus padres y, decide meter en el bolsillo interior de la chaqueta la famosa foto de aquella morena besándolo en la *Rue de Rivoli*: la envidia de su destacamento.

Jean-Baptiste Allamand deambula trinchera abajo a la débil luz del cuarto menguante hasta el punto acordado. Encuentra al novato Filip apurando una colilla en rápidas caladas, antes de encender con ella otro cigarrillo. La cara de Delacroix aparece fantasmal ante la llama del mechero mientras enciende otro cigarro. Se sienta al lado de Filip, tranquilizador y confiado. Al poco aparecen La fontaine, Clouet, Biot. El joven Dunant no tarda en llegar. Sonríen con compañerismo. Todos, aunque callan, tensos como tendones usados en la cuerda de un arco. Nuno llega tarde con la guerrera abierta y sin polainas, con cara de sueño y arrastrando el fusil por el cañón. Allamand no reprime una carcajada liberadora que la mayoría acompaña, menos Filip, el novato. A la hora indicada atraviesan los seiscientos metros y las dos trincheras que separan la de reserva, de la de combate. Con la espalda a noventa grados caminan en silencio bajo el sonido de las balas perdidas que a veces recuerdan frases de viejas canciones. Nuno comenta algo de la mala puntería alemana. Delacroix aun ríe cuando un obús les arroja un manto de tierra encima, para que ninguno olvide lo poco que cuesta aquí ejercer la muerte. Se cruzan con

varios pelotones de soldados que van a la reserva, mientras la batalla evoluciona sobre sus hombros.

Ante el acuartelamiento de oficiales Allamand ordena esperar con un gesto y se dirige al cubil de la radio. Dentro, bajo la protección de la lona recupera la postura erguida, se cuadra y realiza un saludo mecánico y perfecto.

-Por Dios, Allamand, relájese. No soy general -dijo el sargento Marco sin desviar la atención de cuanto farfulla la radio:

-Pelotón dispuesto, mi sargento.

-Enseguida acabo.

Allamand espera conservando su postura de academia. Actuar con tal disciplina era su forma de demostrar a su sargento el respeto que le profesaba. Por fin salen. Allamand lo observa:

Míralo, -piensa- ni se agacha. Erguido como un campanario... una bala perdida y se acabó ¿por qué se arriesga así?

Junto al resto del pelotón el sargento esboza un saludo y sin esperar respuesta explica la misión de esa noche; saldremos por aquí, intentaremos esto por allá, llegaremos hasta aquello... Allamand le estudiaba ensimismado, el otro con la cabeza bien alta mientras todos buscaban la protección de la trinchera como ratones asustados. ¿Así son los héroes? ¿Le hace eso mejor mando? Puede que sí. Su determinación nos permite confiar en sus órdenes, y él nos trae a casa cada noche. Escúchale... él, y su voz. ¿Dónde aprendió eso? habla con tal naturalidad de lo más peligroso que he hecho en mi vida que, qué demonios, ¡lo haré! ¡Lo haremos como buenos soldados! Y saldrá bien, no puede salir mal si mi sargento está al frente.

El sargento Marco termina su charla y, de improvisto, coge a Nuno por las solapas que siguen desabotonadas.

-¿¡Crees que me importan tus polainas!?! -grita. -¡Esta noche lucharás por tu vida y por las nuestras! Demonios, a los valientes les trae sin cuidado la apariencia, y tú eres un valiente, Nuno, ¡yo lo sé! -Brama a medio palmo de la cara.

A veces hace esas cosas, exaltando cualidades que no lo son, provocándonos para que nos superemos, para que abandonemos nuestra patente mediocridad, para que busquemos al héroe que llevamos dentro.

Por dios, Nuno no es un valiente –piensa Allamand- Nuno es idiota. Le da igual matar hombres que jugar a las cartas. Marco dirige palabras de ánimo y pide concentración:

-Esta noche andaremos lejos de nuestra ronda soldados. ¡Estad atentos!

Nos asusta, sabe que el miedo también es necesario, piensa el cabo Jean Baptista Allamand.

Parten derechos a la boca del león, a pegarle patadas en los dientes, cavila Allamand. Su sargento es parte de ese león y da gracias por ello. De no ser así ya estarían muertos. Abandonan la trinchera muy al sur de la batalla, pero Marco se mueve como si hubiera pasado por aquí ayer. El agujereado páramo aún conserva algo de vegetación, que se confunde en la oscuridad con palos que sujetan jirones de alambrada. Tétrico solo es una palabra, pero se inventó para recordar lugares como este.

Caminan rodeando la zona del combate, buscando un punto que parece poco cubierto, según los mapas aéreos, e intentan la aproximación. Siguen andando hasta que observan actividad; hay trincheras frente a ellos. Entonces se abrazan al frío de la tierra, se arrastran unos tras las botas de los otros. Allamand tras las botas de su sargento, que jugando con la protección del terreno avanza cauta e inexorablemente hacia la trinchera enemiga, rumbo al objetivo, sin vacilar. Ordena con gestos claros y el hombre preciso obedece. El lejano combate encubre los ruidos, la pequeña luna los oculta con su ausencia. Ven un nido de ametralladora doscientos metros a la derecha, oyen a los soldados hablar. El sargento Marco y Allamand se cubren tras unas rocas, manda a Delacroix a comprobar la primera trinchera, los demás esperan tras arbustos y socavones como colinas que quedan a su izquierda.

Delacroix se detiene a un tercio del camino...

Le observan un buen rato, inmóvil. Sólo menea la cabeza, el casco de un lado a otro. El sargento se impacienta, decide ir por él. Repta alejándose. ¿Por qué se habrá detenido Delacroix? Una idea golpea a Allamand que busco desesperado una piedra. La encuentra. La tiene en la mano cuando Marco

explota dejándolo sordo. Delacroix también vuela hecho pedazos. Delacroix estaba diciendo “no”, no os mováis. No os acerquéis. En segundos el infierno cobra vida. El puesto de ametralladoras barre la posición del pelotón. Las balas silban a centímetros de las cabezas.

-¡Marco nos ha metido en un puto campo de minas! –maldice Nuno.

-Allamand, ¿qué hacemos? –grita Lafontaine.

El cabo Allamand se aprieta contra la tierra con ganas de que lo trague. A su derecha tiene la cara de crío de Dunant y piensa en entregarse sin más. Las piernas le tiemblan incontrolables. Suda. Es incapaz de pensar con claridad. No puede sacarles de aquí. Es lo mejor se dice. Luego se acuerda de Filip, el novato. Filip, medio francés, medio alemán, y judío... no va a ser tan fácil. Además, los campos de prisioneros alemanes tienen mala fama. Intenta pensar en qué hubiera hecho el sargento Marco; Marco el héroe, Marco el valiente. Luego le ve explotar ante él en todos los sentidos, y comprende la atroz realidad implicada en la forja de los valientes.

-¡Dunant! Por el amor de dios, deja de berrear como un crío y busca una posición para cubrirnos. -grita Allamand con todo lo que tiene, poseído por la necesidad, como si lo hubiera hecho toda la vida. -¡Biot! ¡Nuno! Disparar al nido a mi orden. -Hay autoridad y convicción en su voz. -El resto retrocederá entonces. Nos ubicaremos para cubrir la retirada de los demás y vuelta a empezar. ¿Entendido? Tenemos que alejarnos antes que lleguen soldados a la trinchera lateral. ¿Preparados? ¡Ahora!

Si tuviera tiempo, sonreiría. Bajo los disparos de Nuno el fuego de ametralladora cesa, los otros cuatro retroceden. Allamand da de nuevo la orden y los otros cuatro se alejan de la muerte. Nuestro turno, piensa Allamand y corre. Todo va a salir bien... es lo último que pasa por su cabeza junto a la bala del máuser.

El cabo Jean-Baptiste Allamand flota etéreo, liviano como el gas mostaza y los pedos de los generales. Morir no es tan malo. Estúpido tal vez. ¿Ha valido la pena? Detengo su ascensión para que observe el campo de batalla: Lafontaine ha muerto. Clouet está herido, caído en tierra. Los alemanes ocuparon la trinchera y les dieron duro. Nuno intenta volver por Clouet que grita

de dolor. Ordena que le cubran, pero Clouet recibe dos impactos más, olvida su dolor y viene con nosotros. El pobre Nuno llora de impotencia, parece que eran buenos amigos.

Biot asume el mando, ordena retroceder a toda costa. Lleva una bala en las costillas y le cuesta caminar: cree que va a morir. Se queda rezagado cubriéndoles. Filip y Nuno se dan cuenta enseguida. No tienen ni que verse las caras, saben que no dejarán a nadie en este páramo innombrado. El joven Dunant respira con dificultad, tiene los nervios deshechos. Ni siquiera se percata cuando los otros salen a la carrera en la otra dirección. Nuno carga con Biot como si fuera un fardo mientras Filip coge los fusiles. Nuno se lleva un balazo limpio en el muslo y sigue corriendo como si nada. Están a salvo. Cuatro. Tres y medio, si la bala que Biot lleva en el pulmón lo acaba matando.

Allamand lo ha “visto” todo. Dejo que prosiga su luminoso ascenso y mientras pierde consistencia, adquiere certezas. Contempla desde la atalaya que concedo a mis conversos, ochocientos kilómetros de trincheras que cruzan el continente desde Suiza hasta el Mar del Norte. Semejante monstruosidad lleva como no, nombre de héroe. Los alemanes la bautizaron como línea “Hildenburg”. Los franceses la llaman línea “Maginot”. Allamand ve nítido al serpenteante dragón de cuyo lomo emana incesante un manantial de almas abandonando sus pequeños y profanados cuerpos rumbo a mi ingrátido olvido.

Toda su generación se perderá en la Gran Guerra. Pero, es necesario, se dicen una y otra vez. Esta guerra acabara con todas las guerras. Era bien sabido, todos lo sabían. Era lo que decían, lo que creían. Teníamos que creerlo porque las guerras son cosa de otros tiempos, de uno en que las guerras las libraban los amos, los dueños y señores; los nobles, guarnecidos por brillantes armaduras acudían al campo de batalla y allí zanjaban sus pleitos y sus disputas; los hombres valían lo que su valor... duró poco. Hoy, los herederos de esos nobles condenan a muerte a millones mientras nos hacen hablar de honor, valor, nobleza, patria, Dios. Ya no queda nobleza en las guerras. Cuarenta millones de muertos así lo certifican. Cuarenta millones de esos minúsculos héroes. Por desgracia, una idealización enfermiza y selectiva hace que solo recuerden a un puñado de ellos, a los que murieron de forma

impresionante y abnegada. Así, su leyenda ennoblece los panteones de las frugales naciones, y los gobernantes futuros evocan sus nombres y ensalzan sus méritos en las horas oscuras, en las horas de las decisiones valientes, porque en esas terribles horas... ¿De qué sirve recordar cuarenta millones de muertes insignificantes?

Milo Roma 15/01/2018